



**“Yo estoy con ustedes todos los días  
hasta que se termine este mundo”**

(Mt. 28,20)

**FIESTA  
del  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS  
2005**

**SOCIETÀ DEL SACRO CUORE – CASA GENERALIZIA**

Roma, 3 de junio 2005

Muy queridas Hermanas:

Tengo la alegría de ponerme en contacto una vez más con ustedes al acercarse la celebración de la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, momento de volver a comprometernos a seguir a Jesús ahí donde quiera llevarnos. Como siempre, mientras escribo tengo presente a toda la Sociedad, y siempre es un desafío comunicar algo que hable a todas.

Este año ha estado particularmente lleno de acontecimientos en nuestra Iglesia. Es el **“Año de la Eucaristía”**, que comenzó en octubre pasado con el Congreso Eucarístico Mundial de Guadalajara, México, y cuya celebración terminará en octubre 2005 con la próxima Asamblea del Sínodo de los Obispos en Roma, que tiene como tema **“La Eucaristía, fuente y culmen de la vida y misión de la Iglesia”**. Aunque para mucha gente el Congreso y el Sínodo son acontecimientos leídos más que participados, **la muerte y el funeral del Papa Juan Pablo II así como el cónclave, elección y toma de posesión del Papa Benedicto XVI** llegó al mundo entero, al menos virtualmente, a través de la extensa cobertura de los mas-media.

Estaba en Washington, D.C. en el momento de la muerte del Papa Juan Pablo II, y en mi pequeña ermita de Gales cuando la elección del nuevo Papa. Llegué a Roma justo dos días antes de la Misa de toma de posesión. Habiendo estado fuera de Roma durante esos acontecimientos, deseé tener la experiencia de estar en medio del Pueblo de Dios, y fui una de las 350,000 personas que en la plaza de San Pedro presenciaron la inauguración del nuevo pontificado. Como a muchas de ustedes, me sorprendió la rápida elección de este hombre de 78 años, y me encontré llena de preguntas y con una mezcla de emociones. Al escuchar su homilía, en la que describía su servicio como sucesor de Pedro el pescador, pensé en Sofía y recordé su fe en una Iglesia que a menudo había sido fuente de sufrimiento personal. **Le pedí que nos diera, a mí y a la Sociedad, la misma fe en este nuevo momento de la Iglesia que es parte de un plan oculto en el Corazón de Dios; y escuché profundamente en mí las palabras de Jesús: “Yo estoy con ustedes todos los días hasta que se termine este mundo”**. (Mt. 28,20)

---

VIA TARQUINIO VIPERA, 16 - 00152 ROMA, ITALIA – TEL: 39-06.58.23.03.32

Varios días después, encontré unas palabras del Cardenal François Xavier Nguyễn Van Thuân, antiguo Presidente del Consejo Pontificio de Justicia y Paz. Un hombre que pasó trece años en una prisión comunista en Vietnam, nueve de ellos en confinamiento solitario. Fue entrevistado en marzo del 2000 cuando iba a predicar el Retiro de Cuaresma a la **“Casa pontificia”**; sus palabras hicieron vibrar una cuerda en mí:

“Sueño con una Iglesia que es una Puerta Santa, que abraza a todos, llena de compasión y comprensión hacia todos los sufrimientos de la humanidad. Sueño con una Iglesia que es pan, Eucaristía, que desea ser un don y que permite ser ella misma consumida por todos, para que el mundo tenga vida en abundancia. Sueño con una Iglesia que lleva en su corazón el fuego del Espíritu Santo, y donde está el Espíritu, hay libertad, diálogo sincero con el mundo, discernimiento de los signos de nuestros tiempos”.<sup>1</sup>

Tres días después, durante el último día del retiro dijo:

“Veo la Santa Sede y todas sus instituciones como un gran anfitrión, un pan ofrecido como un sacrificio espiritual; como un gran Cenáculo dentro de la Iglesia, con María, la Madre del Cuerpo de Cristo, y con Pedro, ejerciendo su ministerio de unidad y servicio a todos. Y juntos somos como granos de trigo que aceptan ser plantados por la necesidad de comunión, para así formar todos juntos un cuerpo, solidarios y totalmente entregados como pan de vida para el mundo, como signo de esperanza para la humanidad”.<sup>2</sup>

Cito estas palabras porque no se puede hablar de la Iglesia sin hablar de la Eucaristía y porque durante muchos meses he deseado que la Eucaristía sea el tema de la carta de este año. Soy muy consciente que no soy una teóloga o biblista y que no pretendo escribir un tratado sobre la Eucaristía. Más bien, me parecen apropiadas las palabras de Pedro y Juan ante el mendigo paralítico, en el tercer capítulo de los Hechos de los Apóstoles: “No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te lo doy” (Hech. 3,6) “Lo que tengo” se los ofrezco como una hermana a otra: una permanente pregunta sobre **cómo comprendemos y vivimos la Eucaristía en la Sociedad y qué podemos hacer para compartirlo entre nosotras.**

El texto del Capítulo General de 1994 sobre la “Dimensión Eucarística de nuestra Espiritualidad” es el más reciente intento de la Sociedad para expresar el lugar de la Eucaristía en nuestra vida y ha sido fuente de inspiración y alimento para las RSCJ y otros que sintonizan con nuestro carisma. Creo que tendemos a focalizarnos en la parte poética y quizá hemos olvidado los últimos párrafos que son una reflexión sobre el *proceso vivido al escribir* el texto. Hoy, once años más tarde, nuestra experiencia sintoniza con la de las delegadas al Capítulo: una experiencia a la vez fiel y cuestionadora, dolorosa y llena de esperanza. El Capítulo dice:

“Compartir y profundizar nuestra espiritualidad ha sido un proceso en el que hemos vivido momentos de gozo y de dolor, de certezas y de oscuridades.

Hemos redescubierto con alegría su dimensión eucarística que recrea nuestra vida y alienta nuestra misión y a la vez hemos recordado con dolor el escándalo del culto sin justicia, la división de las Iglesias, las leyes y tradiciones que son motivos de sufrimiento y hasta de exclusión, así como nuestras propias diferencias en la manera de comprender y vivir la Eucaristía.

Esta experiencia se nos ha revelado como un **don** y también como un **camino** a recorrer con la pobreza y la incertidumbre de quienes están en búsqueda.

Las palabras del Resucitado a los de Emaús : «¿No era necesario que el Cristo padeciera todo esto para entrar así en su gloria?» (Lc. 24,26), iluminan y fortalecen nuestros pasos y nos recuerdan que toda nuestra realidad de fe está siempre atravesada por el misterio pascual.

---

<sup>1</sup> Entrevista de ZENIT, 12 marzo 2000. El Cardinal Van Thuân murió en Roma el 16 Setiembre 2002

<sup>2</sup> Citado en “Eucharist 2004-2005: La paz que el mundo espera”, JPIC, Roma, 15 Marzo 2000

Todo esto es una **invitación** a seguir recorriendo juntas como Sociedad este camino y a compartir la experiencia de cada una, dejando que, cada vez más, nuestro carisma nos unifique la vida y nos sostenga la esperanza.”<sup>3</sup>

Mi pregunta es: **¿hemos respondido a esta invitación?** Aunque no tengo una respuesta segura, mi impresión es que no hablamos fácilmente de la Eucaristía. En algunos lugares es incluso un “tema tabú”. ¿Por qué somos tan tímidas? Quizá porque el misterio de la Eucaristía es tan multifacético, y nuestra experiencia tan diversa que no encontramos una “tierra común”. Cuanto más pienso en esto, me parece que la tensión del Capítulo de 1994 para escribir sobre la Eucaristía, así como la tensión para escribir sobre nuestra Espiritualidad, en el Capítulo 2000, se debe a una combinación de **un misterio para el que no hay palabras adecuadas, diferencias de generación/formación, una variedad tanto de “comprensión” como de “práctica” en las diferentes culturas en las que está enraizada la Sociedad, y una experiencia vivida que va más allá del culto o del “sacramento”.**

Como se sintió Moisés ante la zarza ardiente, me descalzo ante cada expresión cultural, cada profunda creencia personal y práctica individual. Al mismo tiempo, pienso que comprenden por qué me acerco a este tema con cierto cuidado... Permítanme dar algunos ejemplos de las diferencias que existen entre nosotras. No representan la totalidad, pero dan una idea de nuestra diversidad.

- Hay muchas en la Sociedad para quienes la Eucaristía diaria es una parte integrante de su día. Tiene valor infinito más allá del mérito del sacerdote o del modo en que celebra; es nuestro “pan cotidiano”. Por otro lado, hay quienes valoran la *calidad* de la celebración más que la *cantidad*. He oído decir: “si como los primeros cristianos ‘que se reunían el primer día de la semana’, he vivido intensamente la Eucaristía del domingo, no la puedo vivir del mismo modo cada día”. Otras no tienen la posibilidad de elegir: no hay sacerdote cada domingo, menos aún cada día de la semana. Permítanme decirles que soy consciente de los muchos lugares donde la Eucaristía se celebra diariamente en nuestras propias comunidades con un fervor que da sentido a lo que podría hacerse rutinario. También he sido testigo del cuidado con que nos ayudamos mutuamente a rezar, con o sin sacerdote.
- Hay para quienes su parroquia es la comunidad Eucarística que las alimenta, mientras para otras la parroquia no es vital: homilias pobres, una comunidad no cohesionada o un sacerdote desconectado de la vida de la gente.
- Hay algunas para quienes no es problema una Iglesia patriarcal ni el rol de la mujer en ella. Otras, se sienten de tal modo alienadas por la marginación de la mujer o se han desmoralizado tanto por los escándalos de pedofilia o abuso sexual en el clero, que no pueden celebrar en un contexto eclesial.
- En algunos países (especialmente bajo regímenes comunistas ateos) la *participación* en la Eucaristía era un acto de protesta contra un gobierno injusto, un acto de solidaridad con personas que eran tratadas injustamente. En otros, la *no-participación* en la Eucaristía es un acto de protesta contra una Iglesia patriarcal que niega la igualdad de la mujer y el uso de sus dones para el ministerio. Ambas actitudes provienen del deseo de actuar con justicia.

**En nuestro caminar juntas como Sociedad, ¿cómo enfrentamos estas diferencias en un espíritu de apertura y confianza?** Tuve una intuición sobre esto cuando en febrero estuve en Berkeley, California. Me invitaron a la conferencia de un teólogo protestante taiwanés muy conocido, Choan-Seng (C.S.) Song. La conferencia pertenecía a una serie titulada “Lectura de los Textos sagrados” y los ponentes fueron invitados en razón de su relación especial a un “texto sagrado”, oral o escrito, tradicional o nuevo, dentro de un canon de escritos

---

<sup>3</sup> Capítulo General 1994, pg. 30

o fuera de las tradiciones religiosas. El título de la conferencia del Dr. Song fue “*En el principio había Historias, no Textos*”.

Para mí fue un momento de revelación “Ah!” y pensé “¡Compartamos nuestras historias!” **Pongámonos en contacto con nuestras propias “historias Eucarísticas”, e intentemos compartirlas.** En vez de comenzar por teorías o cualquier teología que poseamos, **comencemos por nuestra experiencia:** momentos significativos, dudas, dificultades, cambios en nuestra comprensión o práctica sacramental, “donde estamos ahora”. Algunas de nosotras han tenido un camino llano desde su infancia; otras han conocido montañas y valles. Algunas se han convertido al Catolicismo, quizá son la única católica en la familia; otras quizá son las únicas católicas practicantes. Algunas viven en culturas secularizadas; otras en culturas “sacralizadas”. Algunas en culturas evangelizadas por una teología/misionología occidental y sólo ahora están descubriendo al Dios de sus antepasados. Algunas han vivido más de la mitad de su vida antes del Concilio Vaticano II. Otras no tienen la experiencia de una “Iglesia pre-conciliar”.

Pienso que si hacemos este compartir “se romperá el silencio” y tendremos mucho más respeto por el camino de cada una, más facilidad para hacer las preguntas que permanecen en nuestros corazones sobre la Eucaristía, sobre la Iglesia, sobre el futuro de la vida religiosa. Me parece que muy pocas de nosotras lo tiene todo integrado. Estamos en búsqueda, tratando de obrar con coherencia de acuerdo a nuestra comprensión, nuestra percepción, en la situación concreta en que nos encontramos.

Pero el diálogo al que las invito va más allá de las historias vividas y de las diferencias que he mencionado porque hay una conexión indisoluble entre celebración sacramental y entregar la vida por los otros. (El asesinato de Oscar Romero mientras celebraba la Eucaristía es un poderoso símbolo de esta realidad y ¡qué oportuno ha sido que este año, el 25 aniversario de su martirio ha coincidido con Jueves Santo!) **Compartamos otras historias, parábolas, poemas, creaciones artísticas que nos ayuden a que la totalidad de nuestra vida se haga Eucaristía:** “partiendo el pan de la Palabra” al escuchar y responder a esa Palabra que habla a través de la Escritura, los acontecimientos, los otros; asumiendo las actitudes de hospitalidad de Jesús al compartir la comida con amigos, pecadores, e incluso enemigos; permitiéndonos SER Cuerpo de Cristo para otros -lavando los pies, sanando heridas, escuchando...- creyendo que donde hay dos o tres reunidos en el nombre de Jesús, El está presente, compartiendo la vida diaria y las luchas de nuestras hermanas y hermanos, así como en la celebración sacramental.

Al terminar esta carta, a modo de “anexo” **les ofrezco una parábola Eucarística como la primera contribución al diálogo de las historias que espero continúe y se multiplique.** Tenemos tanto que aprender de la experiencia de los otros, comenzando con la de nuestras propias hermanas!

Las lecturas de la Fiesta de este año (Dt. 7,6-11; 1Jn. 4,7-16 y Mt. 11,25-30) nos recuerdan **la total gratuidad del amor de Dios por nosotros.** Al renovar nuestros votos, que nuestros corazones se llenen de inmensa gratitud por ese amor que se entrega en la Sociedad. Recordemos a cada una de nuestras hermanas, a cada Provincia, Distrito, Área y el momento particular que viven. Agradecemos a Dios por el milagro de nuestra unión -nuestra comunión- dada la gran diversidad de nuestras edades y culturas. Es un regalo de Dios. No la tomemos como algo hecho, sino hagamos conscientemente todo lo que podamos para profundizarla y reforzarla, confiando en Aquel que nos invita a aprender la mansedumbre y humildad de su Corazón.

Con cariño agradecido a cada una



Clare Pratt, rscj  
Superiora General

## Parábola Eucarística<sup>4</sup>

Todo lugar es tierra sagrada. Cualquiera de nosotras puede caminar por esta tierra si estamos dispuestas a abrirnos.

Conozco algo sobre esto. Para mí las calles de Chicago, a las que me pidieron que atendiese, llegaron a ser sagradas. Sin embargo, la respuesta a esta llamada a atender a mujeres prostitutas, me aterrorizaba. Me encontraba vulnerable. Pero dentro de mí llevaba una honda y profunda certeza, que fluía de una experiencia mística personal, Dios me había llamado a estar en aquellas calles. Yo sabía sin ninguna duda, que más allá de los peligros o riesgos que percibía o imaginaba, tenía que seguir aquella llamada. Era realmente mucho mayor que cualquier temor u obstáculo que hubiese ante mí. Era también conducida por un irresistible sentido de compasión que, pensándolo bien, sabía que era Dios. La experiencia mística, más allá de cualquiera reflexión humana, lleva a lugares extraños y sobrecogedores. No importa lo frío, lo oscuro o prohibido que sea el lugar, es el lugar del Espíritu Santo. En este proceso de revelación, la confianza y vulnerabilidad son condiciones previas.

Fue así como llegué a una miserable taberna en un rincón de un callejón tenebroso, sabía sin duda alguna que tenía que entrar, que era ahí donde tenía que estar. El interior era oscuro, pero percibía los cuerpos amontonados alrededor del mostrador. Me sentí totalmente sola en aquel sucio lugar y, paradójicamente, totalmente en casa, sencillamente porque era el lugar correcto para mí en aquel momento. Es asombroso cómo la gracia nos hace disponibles cuando seguimos la honda verdad (Dios) dentro de nosotros. Nos atrevemos a pisar lugares desconocidos cuando, por una misteriosa razón, creemos que Dios va delante de nosotras haciendo todo espacio sagrado.

Cuando me senté en un taburete, alumbrada por la tenue luz de la noche avanzada, una mujer, de más de cincuenta años, entró arrastrando los pies y con gran esfuerzo se sentó a mi lado. Dando puñetazos en el mostrador pidió al camarero “una jarra de vino”.

Como por casualidad me lanzó una mirada. “¿Tienes hambre?” me preguntó.

Con ganas de ser receptiva le contesté que sí, que tenía un poco...

La mujer, con gran satisfacción se agachó y, de una bolsa de plástico que tenía en el suelo, sacó una barra de pan blanco cortado en rebanadas.

“Bien,” exclamó, “Hace tres días que no pruebo ‘bocao’, acabo de robar este pan del supermercado de allá abajo y buscaba alguien con quien compartirlo.”

La miré atónita. Pero todavía me quedaban más sorpresas. Después de abrir el pan y sacar un par de rebanadas, se agachó de nuevo y radiante sacó de su bolsa, una lata abierta de atún envuelta en plástico. Después empezó a sacar el atún con la mano y a extenderlo en el pan, consiguiendo un jugoso bocadillo que me ofreció con una enorme sonrisa: “Aquí tienes, querida,” me dijo.

Una vez que había puesto con cuidado el bocadillo en mis manos, empezó a llenar mi vaso vacío con su “jarra”. Me encontré en una de esas situaciones inverosímiles que te incitan sin embargo a participar. Conforme miraba a mi recién descubierta compañera experimenté un movimiento de compasión en mi ser más profundo. Esta mujer, a pesar de su extraña manera de comportarse, era mi hermana.

Mientras yo comía y bebía tímidamente, la mujer hablaba, o más bien, divagaba sobre su dura vida y su lucha para arreglárselas y sobrevivir. Se lamentaba de que sólo podía “pescar 5 ó 10 dólares al día” y que no sabía qué iba a poder hacer. Las lágrimas comenzaron a caer sobre sus mejillas al mirarme una... y otra vez.

De repente pareció como si tuviese una inspiración, me agarró del brazo mirándome de arriba abajo y me dijo: “Oh, querida, sé donde está el juego. Con mi experiencia y tu cuerpo, podemos trabajar juntas, podemos formar un equipo...” Entonces realicé aterrada que esta

---

<sup>4</sup> Tomado de una Reflexión de Edwina Gateley en *Christ in the Margins*, Orbis Books, 2003

mujer era una antigua prostituta y que ahora vivía un tiempo difícil... que, ¡ME pedía formar un equipo con ella! Casi disculpándome le expliqué que yo no estaba metida en la prostitución.

“Entonces ¿qué haces aquí?” Me preguntó. “Este es un bar de prostitutas, aquí es donde los ‘hombres’ vienen a buscar una ‘chica’. ¿Quién eres tú?”

Se me trabaron las palabras: “Soy cristiana...soy... una agente de pastoral católica...”

“¿Una qué...? exclamó sin dar crédito. “Nunca ha entrado aquí una agente de pastoral. Este no es un lugar para ellas... no es un lugar ni para cristianos. No deberías estar aquí... éste no es lugar para gente como tú...” La presencia de alguien que sencillamente creía en Dios y lo proclamaba provocó una emotiva reacción en mi nueva compañera. Empezó a sollozar ininterrumpidamente mientras me contaba la historia de su vida; cómo después de años de incesto y abusos desde niña, siendo aún adolescente se escapó de su casa, fue recogida por un proxeneta en la calle que la inició en la droga y la preparó para una vida de prostitución. Era lo que había hecho siempre. Y ahora era demasiado vieja para ello y se había convertido en una mujer vagabunda. Se encontraba totalmente sola y desesperada.

Todo lo que yo pude hacer aquella noche en aquel bar fue abrazar a aquella mujer rota que había contado su historia de violencia y pobreza a una extraña. Y así en aquel sucio lugar dos mujeres nos abrazamos llorando y nos atrevimos a soñar.

Temprano, a la mañana siguiente, abandoné el bar sintiéndome totalmente vacía e impotente. La mujer con la que había pasado las tres últimas horas yacía acurrucada en un rincón profundamente dormida, su cara aún húmeda por las lágrimas. Al volver a casa por aquellas lúgubres calles mojadas, reflexionaba sobre lo que había sucedido. Y de repente sentí como si una venda cayera de mis ojos y traspasando el velo de la conciencia me llevara a un lugar más profundo. Había entrado en el bar, vulnerable, abierta y buscando a Dios. Y esta mujer había entrado en el lugar oscuro en el cual yo me había encontrado a mí misma. Ella trajo el pan, lo partió y lo compartió conmigo. Trajo el pescado y lo compartió conmigo. Tomó el vino y también lo compartió conmigo. Después me contó su historia y me abrazó. Entonces entendí. Llegué a reconocer con un profundo conocimiento que aquella noche en aquel sucio lugar había acontecido la eucaristía, y que el Espíritu Santo, Sabiduría, siempre fugaz, e inasible, había estado presente en el encuentro de dos corazones abiertos tratando de acoplarse con autenticidad en el corazón de la realidad rota y herida. Dios no necesitó una iglesia ni lugares sagrados para estar presente.

Un lugar sencillo, dos mujeres, un pan robado, vino barato, y pescado se convirtieron en lugar de encuentro místico. Viví una experiencia mística, una experiencia de unión en Dios, del misterio de su presencia absolutamente gratuita, abriéndose paso en un momento de fe.

Así es la invitación a un encuentro con Dios. Cuando nos impulsa a abrir nuestros corazones y nuestros brazos no podemos más que asombrarnos. No tenemos más remedio que sentirnos sobrepasadas. Sólo podemos admirar a Dios con nosotras y en nosotras. Sólo podemos, profundamente agradecidas, sumergirnos aunque sea un instante en la visión de Dios.